

**EN BUSCA DE ALTERNATIVAS ECONÓMICAS EN TIEMPOS DE
GLOBALIZACIÓN: EL CASO DE LAS COOPERATIVAS DE RECICLADORES
DE BASURA EN COLOMBIA**

César A. Rodríguez Garavito

[Versión sin editar del capítulo publicado en: Boaventura de Sousa Santos y Mauricio García Villegas (eds.) *Emancipación social y violencia en Colombia*. Bogotá: Norma, 2004]

Introducción

Globalización, desigualdad y exclusión

En los últimos años —tras más de tres décadas de profunda intensificación del flujo de bienes, servicios, capitales y personas a través de las fronteras nacionales— la labor de miles de personas y organizaciones progresistas alrededor del mundo, que han denunciado los efectos excluyentes de la globalización neoliberal, han tenido un impacto importante en las discusiones políticas y académicas sobre el rumbo de la economía mundial. Las protestas contra los acuerdos y organizaciones de libre comercio favorables a las empresas multinacionales —desde la OMC hasta el ALCA— en Seattle, Quebec, Génova, Cancún, Miami y otros lugares han perturbado el avance de la agenda neoliberal. A las protestas se ha sumado el surgimiento de una coalición liderada por los países más poderosos del Sur global —Brasil, India, China y Suráfrica— que busca transformar las reglas y la distribución de los beneficios de la economía global. A lo largo y ancho de América Latina, los movimientos y partidos de izquierda han tomado fuerza en los primeros años del siglo, especialmente en países que, como Bolivia, Argentina y Brasil, eran presentados como los modelos de las políticas de ajuste estructural hace apenas unos años. Estas y otras

tendencias, entre las que se destaca la consolidación del Foro Social Mundial, representan el surgimiento de prácticas y discursos económicos contra-hegemónicos que, sin reemplazar aún el Consenso de Washington, deja en evidencia el hecho que la globalización neoliberal está fundada en condiciones políticas, sociales y económicas, que reproduce y que tienden a acentuar la desigualdad en todas las escalas geográficas.

En la escala global, la brecha entre el Norte y el Sur se ha venido expandiendo (Galbraith, Darity y Jiaqing, 1998). En la escala nacional, el aumento de la desigualdad durante las dos últimas décadas ha eliminado los efectos positivos de las políticas sociales redistributivas implantadas antes de la llegada del ajuste estructural, como lo muestran los datos recientes sobre la gran mayoría de los países latinoamericanos (CEPAL, 2003; Centeno y Hoffman, 2003; Portes y Hoffman, 2003).

En la escala urbana, la brecha creciente entre ricos y pobres es particularmente patente, como lo ha mostrado una de las vertientes más interesantes de los estudios sobre la globalización —los análisis sobre el surgimiento de ciudades globales (por ejemplo, Nueva York, Tokio y Londres en el centro, y Sao Paulo, Ciudad de México y Bogotá, en la semiperiferia latinoamericana) como nodos de control en el sistema económico global—, que señala que la economía y la sociedad de las grandes ciudades contemporáneas están caracterizadas por un marcado dualismo (Brenner y Theodore, 2003; Sassen, 1991; Friedmann, 1995). En las ciudades del Sur global, este dualismo se manifiesta en la diferencia creciente entre los ingresos y condiciones de vida de un número pequeño de trabajadores calificados empleados por empresas del sector moderno de la economía y los de un sector mayoritario y en expansión de personas calificadas y no calificadas que tienen empleos precarios (temporales o con bajos ingresos), están desempleadas o trabajan

informalmente. En las ciudades latinoamericanas, la polarización de la estructura de clases ha acentuado la distancia social y espacial entre los enclaves fortificados de las clases adineradas y las áreas donde los trabajadores informales trabajan y viven (Portes y Hoffman, 2003).

El aumento considerable del sector informal en el Sur global es especialmente significativo para los efectos de este escrito, no sólo porque constituye la expresión más visible de la precariedad del trabajo en las grandes ciudades, sino porque una de sus manifestaciones más impactantes —la existencia de un número masivo y creciente de personas al borde de la indigencia, que sobrevive escudriñando las canecas y los botaderos de basura en busca de materiales reciclables para la venta— es el tema del estudio de caso que presento más adelante. En Bogotá, la ciudad en la que se concentra este estudio de caso, el sector informal ha aumentado considerablemente en los últimos años, hasta el punto que la mayoría de la población bogotana económicamente activa (55%) trabaja en el sector informal (Uribe, 1997: 397). Este fenómeno es común a todas las grandes ciudades de América Latina. De hecho, la economía informal es la fuente de la mayor parte de los empleos creados en la década de los noventa (CEPAL, 2003), y su expansión está estrechamente relacionada con las medidas de ajuste estructural adoptadas en los últimos decenios en la región (Portes y Hoffman, 2003; Vilas, 1999).

Uno de los efectos centrales de la acentuación de la desigualdad en todas las escalas es la tendencia a la exclusión efectiva de grandes sectores de la población mundial del proceso de acumulación global de capital. El hecho de que la economía global contemporánea haya alcanzado índices de crecimiento sin precedentes, al tiempo que aumenta el número de personas que están relegadas a vivir en sus márgenes —los

desempleados permanentes, los campesinos sin tierra o pequeños propietarios rurales que practican agricultura de subsistencia y los sectores populares urbanos dedicados a las actividades informales de supervivencia— hace pensar, como lo señala Friedmann, que “el capitalismo contemporáneo puede vivir [sin ellas]” (1992: 14), de tal forma que “el mensaje que se les envía a estos sectores es bien claro: para todos los efectos prácticos, ellos han pasado a ser redundantes en la acumulación global de capital”. Redundantes como productores, en cuanto desempeñan actividades de baja productividad y valor agregado. Redundantes como consumidores, en cuanto su poder adquisitivo es mínimo, hasta el punto que, como lo señala con ironía Moody (1997), su participación en la sociedad de consumo consiste fundamentalmente en salir a la calle a “mirar vitrinas”.

Pero el proceso de exclusión no avanza sin encontrar resistencia. Los excluidos resisten a diario a través de acciones individuales y colectivas muy diversas, que van desde estrategias de supervivencia hasta proyectos nacionales y globales de oposición, que pasan por un sinnúmero de iniciativas locales. En América Latina, por ejemplo, como lo ha mostrado Hirschman (1984) en su sondeo de iniciativas económicas populares, los proyectos, las propuestas y las organizaciones de base van desde esfuerzos de campesinos pobres por controlar la comercialización de sus productos, por medio de cooperativas de mercadeo, hasta el trabajo conjunto de habitantes de barrios de invasión para acceder a la propiedad de los lotes y construir viviendas adecuadas, pasando por la lucha de pequeños artesanos por impedir, mediante cooperativas de trabajadores, la desaparición de su oficio ante la competencia de empresas dedicadas a la fabricación masiva de artesanías.

Como lo anota Hirschman, lo que estas experiencias tienen en común es que a través de ellas grupos marginados se organizan para ‘salir adelante’ mediante estrategias

económicas colectivas. De igual forma, una amplia gama de movimientos sociales ha surgido o persistido en América Latina en tiempos de globalización, que incluyen movimientos de negritudes, trabajadores, indígenas, campesinos sin tierra y mujeres (Álvarez, Dagnino y Escobar, 1998; Eckstein y Wickham-Crowley, 2002).

Para los efectos de este artículo, cuyo estudio de caso se refiere a una iniciativa popular de organización económica en Bogotá y otras ciudades de Colombia —la lucha colectiva de los recicladores de basura por mejorar sus condiciones de vida—, es especialmente importante resaltar las iniciativas emprendidas por las clases populares, esto es, la mayoría de la población urbana, compuesta por los sectores pobres de asalariados, trabajadores informales y desempleados.¹ Se trata de los habitantes de la ciudad para los cuales el *rebusque* es la estrategia diaria de supervivencia. Entre ellos se cuentan los trabajadores que ganan el salario mínimo, los vendedores ambulantes, los recicladores de basura, las empleadas domésticas, los indigentes de todas las edades y las miles de personas que prestan todo tipo de servicio en las calles.

Bien como compradores o bien como productores o vendedores, los miembros de las clases populares alimentan una economía urbana de bajo costo, que les permite acceder a bienes y servicios indispensables para su supervivencia. En este sentido, estas “economías populares” (Burbach, Núñez y Kagarlitsky, 1997) constituyen una forma, aunque precaria, de resistencia, porque son mecanismos mediante los cuales las clases populares crean y explotan un nicho económico para sobrevivir. Sin embargo, cuando son vistas dentro del conjunto de la economía urbana, es claro que las economías populares están lejos de ser autónomas y, por sí mismas, emancipadoras. Por ejemplo, la economía informal está

¹ Para el significado y connotaciones sociológicas y económicas del concepto *clases populares* o *sectores populares*, utilizado frecuentemente en América Latina, véase Friedmann (1992: 15).

plenamente articulada con la economía formal, como lo evidencia el caso de los recicladores de basura independientes, que venden sus productos a intermediarios, que a su vez lo venden a las grandes compañías productoras de papel. El caso de los recicladores muestra, además, que las formas económicas populares son fuentes de productos, servicios y mano de obra barata para el sector moderno de la economía. Este tipo de actividad, entonces, puede facilitar, antes que impedir, la explotación de las clases populares.

En vista de la ambivalencia del papel de las economías populares, la pregunta central para un estudio que como éste está interesado en determinar el potencial emancipador de dichas economías es la siguiente: ¿qué estrategias de organización y acción colectiva logran mitigar o eliminar la explotación de los actores económicos populares y liberar el potencial emancipador de este tipo de economías, en tiempos de globalización? A lo largo de este trabajo sostengo que la economía solidaria –esto es, las cooperativas y las empresas solidarias populares, capaces de sobrevivir en un mercado crecientemente global— representa una estrategia particularmente promisorio. En la siguiente sección esbozo los elementos de esta estrategia, cuyo alcance y limitaciones pueden ser apreciadas en detalle en el estudio de caso de las cooperativas de recicladores de basura en Colombia, que expondré más adelante.

Las cooperativas de trabajadores en el contexto de la globalización

La búsqueda de alternativas frente a los efectos excluyentes del capitalismo, inspirada en teorías y experiencias basadas en la asociación económica entre iguales y la propiedad solidaria, no es una tarea nueva. El pensamiento y la práctica cooperativista modernos son tan antiguos como el capitalismo industrial. De hecho, las primeras cooperativas surgieron

hacia 1826, en Inglaterra, como reacción contra la pauperización provocada por la conversión masiva de campesinos y pequeños productores en trabajadores de las fábricas pioneras del capitalismo industrial (Birchall, 1997: 3). Como teoría social, el asociativismo está fundado en dos postulados: por una parte, en la defensa de una economía de mercado, basada en los principios no capitalistas de cooperación y mutualidad, y, por otra, en la crítica al Estado centralizado y en la predilección por formas de organización política pluralistas y federalistas, que le den un papel central a la sociedad civil (Hirst, 1994: 15).

Como práctica económica, el cooperativismo está inspirado en los valores de autonomía, democracia participativa, igualdad, equidad y solidaridad (Birchall, 1997: 65). Tales valores están plasmados en principios no capitalistas de organización empresarial. De acuerdo con los principios que rigen las cooperativas de trabajadores, por ejemplo, los trabajadores son propietarios de la empresa y participan directamente y en condiciones de igualdad en sus decisiones fundamentales, independientemente del monto de su participación en el capital (Birchall, 1997: 65). En este sentido, las cooperativas de trabajadores buscan superar la división entre capital y trabajo —y el esquema de propiedad individual y la administración jerárquica que la acompañan—, características de las empresas convencionales.

Pese a que, por una parte, el número de cooperativas se multiplicó rápidamente² y dio lugar a un movimiento cooperativista internacional³ y, por otra, la teoría asociativista fue retomada ocasionalmente por movimientos y teorías sociales, ni la práctica cooperativa ni

² En Inglaterra, por ejemplo, el número de cooperativas creció notablemente después de la experiencia pionera de Rochdale. Hacia 1865 cerca de cien mil personas hacía parte de cooperativas de todo tipo, y hacia finales de siglo el número había ascendido a 1,7 millones de personas afiliadas a cerca de 1.500 cooperativas. A finales de la Primera Guerra Mundial el número de cooperantes era cerca de tres millones (Birchall, 1997).

³ En efecto, en 1893 fue fundada la Alianza Cooperativa Internacional, la entidad que hoy sigue representando el movimiento cooperativista mundial.

el pensamiento asociativo que le sirve de base ha llegado a ser predominante. “El asociativismo nunca maduró hasta el punto de convertirse en una ideología coherente” (Hirst, 1994: 17), capaz de resistir los ataques provenientes tanto de las teorías socialistas de corte colectivista como del liberalismo individualista. El cooperativismo ha dado lugar a experiencias ejemplares de economía solidaria —como el complejo cooperativo de Mondragón, España⁴—, pero no ha logrado convertirse en una alternativa importante frente al sector capitalista de la economía nacional y mundial. En este sentido, el cooperativismo, que desde sus inicios tuvo una vocación internacional, continúa siendo hoy un proyecto inconcluso de globalización contrahegemónica, basado en principios de solidaridad y democracia participativa.

La teoría y las prácticas cooperativas han suscitado un renovado interés en los últimos años. Ante el fracaso de las economías centralizadas y frente al avance del capitalismo de corte neoliberal, organizaciones y gobiernos progresistas alrededor del mundo han recurrido crecientemente a la tradición de pensamiento asociativo y a la forma cooperativa de organización económica, que surgió precisamente en oposición tanto al colectivismo como al individualismo liberal. Aunque están regidas por valores y principios no capitalistas —esto es, son contrarios a la separación entre capital y trabajo y a la subordinación de éste a aquél—, las cooperativas siempre se han concebido y se han operado como unidades productivas que compiten en el mercado.

El interés reciente en las cooperativas y el pensamiento asociativo es evidente en los países del Norte global, donde han proliferado los análisis teóricos sobre la democracia

⁴ El complejo Mondragón se inició en 1956 y es de propiedad de los treinta mil trabajadores de sus 109 fábricas, su cadena de supermercados, su banco y su universidad. Mondragón fue escogida recientemente por la ONU como uno de los cincuenta mejores proyectos sociales en el mundo. Una presentación completa del caso Mondragón se encuentra en Whyte y Whyte (1988).

asociativa y el cooperativismo (Hirst, 1994; Les Grand y Estrin, 1989, y Bowles y Gintis, 1998; Elster y Monee, 1989) y los estudios de caso sobre experiencias cooperativas de trabajadores exitosas (Pencavel, 2001; Whyte y Whyte, 1988) o frustradas (Russell, 1985). También es notorio en el Sur global, donde algunas de las iniciativas y discusiones más interesantes han estado asociadas al debate sobre el “desarrollo alternativo”, que comenzó en los años setenta y que ha sido impulsado por autores y organizaciones que “resaltan el papel de los movimientos de base, el conocimiento local y el poder popular en la transformación del desarrollo” (Escobar, 1995: 15).

Los debates sobre el desarrollo alternativo, en general, y sobre el cooperativismo, en particular, buscan teorizar y hacer viables formas de organización económica, cuyos principios democráticos y efectos igualitarios contrastan con el despotismo que caracteriza el funcionamiento interno de las empresas capitalistas y los efectos desiguales del tipo de desarrollo económico fundado en éstas (Sousa Santos y Rodríguez Garavito, 2002; Singer y Souza, 2000). Además, en condiciones de desempleo masivo, como las que imperan en buena parte del sur global, la promoción de cooperativas aparece como una alternativa a las políticas de empleo convencionales, como lo ilustran las experiencias recientes de fundación de cooperativas por parte de habitantes de favelas y campesinos sin tierra en Brasil (Singer, 2000 y Almeida, 2000) y trabajadores en India, que han asumido el control de las fábricas en las que trabajaban para evitar su quiebra (Bhowmik, 2000). De manera similar, en contextos donde el fracaso de las políticas de ajuste estructural ha producido una destrucción masiva de empleos, los trabajadores se han organizado para tomar el control de compañías en quiebra y convertirlas en cooperativas, como lo muestra la proliferación de

Comentario: En la bibliografía aparece como Le Grand, ¿cuál es la escritura correcta? Le Grand

“fábricas recuperadas” en Argentina tras la crisis económica que se precipitó en diciembre de 2001 (Fagin 2003).

A pesar de su contribución decisiva a la crítica de los efectos excluyentes del desarrollo capitalista, los escritos sobre desarrollo alternativo y cooperativismo en el Sur global —concretamente en América Latina— han tendido a centrarse exclusivamente en el ámbito local. Esta tendencia a idealizar lo local, en contraste con lo nacional y lo global, es evidente en los trabajos más recientes sobre el tema, como lo muestran los estudios de Burbach, sobre las economías populares en América Latina (Burbach, Núñez y Kagarlitsky, 1997, y Burbach, 1997). Para este autor, estas economías proliferan “en las partes del mundo que el capitalismo ha desechado” y constituyen un “nuevo modo de producción”, dedicado a las actividades económicas que las empresas transnacionales han decidido descartar —por ejemplo, la venta callejera de artículos de baja calidad y el reciclaje de basuras en los botaderos— (Burbach, 1997: 18). Dado que “estas economías no compiten y no pueden competir con el capital transnacional en el proceso de globalización”, su campo de acción es exclusivamente local (Burbach, 1997: 19).

El problema con esta visión es que —como lo muestra el caso de las cooperativas de recicladores de basura en Colombia y experiencias similares en otros países (Cruz e Silva, 2000)— las organizaciones económicas populares se ven cada vez más en la necesidad de competir con el capital transnacional para mantenerse con vida e impulsar sus objetivos emancipadores. Mientras permanezcan en los márgenes de la economía, dichas organizaciones son, en la mayoría de los casos, medios de supervivencia y de reafirmación de la subordinación de sus miembros, no de mejoramiento de las condiciones de vida de los sectores populares (Singer y Souza 2000).

Los márgenes, por lo demás, son cada vez más estrechos y riesgosos. Como lo ilustra el estudio de caso que presento más adelante, el proceso que está teniendo lugar en el Sur global es justamente el contrario al descrito por Burbach, esto es, la colonización por parte del capitalismo global de las actividades económicas (por ejemplo, el reciclaje de basura) y las zonas geográficas que hasta el momento habían permanecido en sus márgenes. En estas condiciones, la articulación de las organizaciones económicas populares con el Estado y con entidades nacionales e internacionales es una estrategia esencial para que dichas organizaciones puedan insertarse gradualmente en el mercado nacional y global y en el proceso político. Por esta razón, las propuestas y teorías económicas progresistas, entre ellas las de desarrollo alternativo, deben ir más allá de lo local y establecer vínculos entre las iniciativas económicas locales, nacionales y globales.

Como lo ha evidenciado Harvey (2000), sólo este tipo de estrategia emancipadora, capaz de moverse con fluidez entre las diferentes escalas, desde lo local hasta lo global y viceversa, representa una alternativa viable frente a la globalización neoliberal. Es en esta estrategia donde se encuentra la posibilidad de generar formas contrahegemónicas de globalización (Sousa Santos y Rodríguez Garavito, 2004; Evans, 2000).

Plan y metodología del estudio

Contra este telón de fondo, la pregunta central que guía este trabajo es: ¿en qué condiciones pueden surgir y consolidarse organizaciones económicas populares no capitalistas, que al mismo tiempo faciliten la lucha por la inclusión de las clases populares y sean viables en un mercado globalizado? Para contribuir a la reflexión sobre esta pregunta, en este escrito presento un estudio de caso sobre la formación y desarrollo de cooperativas

de recicladores de basura en Colombia, desde finales de la década de los ochenta. Este estudio está fundado en un trabajo de campo de ocho meses en Colombia, que comprendió el estudio general de la evolución de la red de 94 cooperativas de recicladores, basado en análisis documental y entrevistas y en el estudio detallado —mediante observación participativa inspirada en la metodología de investigación-acción participativa (Fals Borda, 1998)— del funcionamiento de una de las cooperativas más consolidadas —la Cooperativa Rescatar—, fundada en 1987, y cuya sede se encuentra en Bogotá.⁵

Cuatro razones hacen este estudio de caso especialmente relevante para los propósitos de este artículo. En primer lugar, los recicladores de basura son uno de los grupos cuya presencia en las grandes ciudades alrededor del mundo muestra con mayor claridad el carácter global de la exclusión social a la que aludí. Lejos de ser un fenómeno que se limita a Colombia o a América Latina, la existencia de miles de personas que sobreviven recuperando materiales reciclables en las calles o en los botaderos de basura es común en las ciudades del Sur global, e incluso, aunque en una proporción menor, en las ciudades del Norte. Por ejemplo, se estima que en Colombia cerca de trescientos mil personas —esto es, cerca del 1% de la población—viven de la recuperación de materiales reciclables en las ciudades (Hower, 1997). En México y Egipto, la población recicladora es aún más alta en términos porcentuales (2% del total nacional) (Hoyos, 2000). En Buenos Aires, se estima que cien mil personas se han dedicado al reciclaje tras la caída aparatosa de la economía a finales de 2001 (Koebs, 2004). En Manila, Filipinas, cerca de doce mil personas dependen directamente del reciclaje (*The New York Times*, 2000b). En Pekín, aproximadamente

⁵ El estudio de campo fue realizado con la colaboración entusiasta y decisiva de Betsy Perafán, investigadora del Centro de Investigaciones Sociojurídicas de la Universidad de los Andes.

82.000 campesinos inmigrantes trabajan como recicladores informales (*The New York Times*, 2000a).

En segundo lugar, la exclusión social de la que son víctimas los recicladores es especialmente perversa y dramática. Dado el rechazo social generalizado frente a su forma de vida —que con frecuencia implica vivir en la calle— y a su oficio —que requiere estar en contacto permanente con la basura—, los recicladores son víctimas del máximo grado de exclusión y están relegados a las zonas más marginales de la cartografía urbana, esto es, a los botaderos, a las calles y a los guetos, donde venden sus productos a intermediarios y donde habitan en ocasiones. En Colombia, el grado de exclusión de los recicladores es expresado claramente por la expresión insultante *desechables*, que buena parte de la población utiliza para referirse a ellos. El reciclador es excluido hasta el punto de ser considerado redundante, eliminable, al igual que la basura en la que busca materiales reciclables, como lo muestran las operaciones de ‘limpieza social’, en las que recicladores y otros habitantes de la calle son eliminados por grupos armados de corte fascista, en ocasiones con la colaboración o connivencia de la Fuerza Pública.

En tercer lugar, los recicladores colombianos se han asociado alrededor de formas no capitalistas de producción económica, principalmente cooperativas de trabajadores. En este sentido, los logros considerables y las limitaciones de esta experiencia son útiles para responder la pregunta que guía este estudio.

Finalmente, las cooperativas de recicladores han debido enfrentar las condiciones del mercado colombiano e internacional, en tiempos de apertura económica y globalización. Las cooperativas surgieron a finales de los años ochenta y principios de los años noventa, precisamente en la época en que la política económica en Colombia dio un giro claro hacia

la internacionalización y el neoliberalismo. Por esta razón, el análisis del funcionamiento de las cooperativas de recicladores puede dar luces acerca del potencial de este tipo de organización en el contexto del mercado globalizado.

En la siguiente sección expongo en detalle los resultados de este estudio de caso. Al hacerlo, intento poner en diálogo los resultados del trabajo empírico con las discusiones y la bibliografía sobre desarrollo alternativo y cooperativismo. Por esta razón, resalto en el estudio de caso la forma como las cooperativas se han visto afectadas y han respondido al impacto de la globalización. Como mencioné anteriormente, esta reflexión sobre lo global está generalmente ausente de los análisis sobre alternativas económicas en el Sur global. En este sentido, la exposición que presento en las páginas siguientes constituye un estudio de caso extendido (Burawoy, 1991), dado que el análisis del caso concreto de las cooperativas de los recicladores es hecho con el fin de contribuir a teorías y discusiones generales sobre alternativas económicas emancipadoras. Después de desarrollar el estudio de caso en la siguiente sección, en la tercera y última parte del escrito ofrezco algunas conclusiones.

De *desechables* a empresarios solidarios: la lucha de los recicladores de basura en Colombia

El mercado del reciclaje

El reciclaje de residuos sólidos recuperables o reutilizables —como el papel, el cartón, el vidrio, el plástico y el aluminio— es un paso fundamental en el ciclo productivo de numerosas industrias —particularmente en sectores como la producción de papel, envases y cartón—. De hecho, buena parte de las materias primas utilizadas por estas industrias provienen del reciclaje. El uso de materiales reciclados en la industria tiene

efectos económicos y ambientales decisivos. El reciclaje es una actividad económica considerable en Colombia. En 1990, el dinero generado por el conjunto de las actividades que componen el circuito de reciclaje, esto es, la recolección, la transformación y el transporte de los materiales, fue de 22 millones de dólares (Fundación Social, 1990: 45). Desde el punto de vista ambiental, el reciclaje tiene efectos igualmente importantes. En Colombia, dado que cada año se reciclan cerca de trescientos mil toneladas de papel y cartón, el reciclaje preserva anualmente seis millones de árboles (ANR, 2000, y Fundación Social, 1998).

Las cifras agregadas sobre el tamaño y el impacto del mercado del reciclaje no revelan, sin embargo, la dinámica altamente explotadora en que está basado su funcionamiento, y que muestra de forma vívida los efectos del proceso de exclusión social en las ciudades a las que me referí en la introducción de este escrito. En efecto, tal como es practicada en Colombia, la actividad del reciclaje es posible por la combinación de un proceso de urbanización acelerado y desordenado —uno de cuyos síntomas es un sistema de recolección y disposición de basuras inadecuado y la falta de cultura ciudadana sobre el reciclaje en el hogar— y por una marcada fragmentación social y espacial, que da lugar a la coexistencia, por una parte, de un pequeño sector de la población con poder adquisitivo que en sus hogares y lugares de trabajo produce la mayor parte de la basura y los desechos reciclables de la ciudad y, por otra, de una población masiva de desempleados o subempleados, algunos de los cuales encuentran en la recuperación y venta de dichos materiales su medio de supervivencia.

Con este telón de fondo es posible entender la estructura y el funcionamiento del mercado del reciclaje, que está dividido en tres componentes. El primero es la recuperación

de los materiales por parte de los recicladores. Se trata de una actividad muy competitiva. En ella participan cerca de trescientos mil recicladores informales,⁶ en todas las ciudades colombianas, de los cuales aproximadamente cincuenta mil trabajan en Bogotá (Hower, 1997). El segundo componente son los intermediarios formales o informales, que compran los materiales a los recuperadores y los venden a las industrias. En ocasiones, los intermediarios tienen vínculos cercanos (o incluso los financian) las industrias compradoras. El componente final del mercado son las industrias que adquieren el material reciclado, lo transforman y lo reutilizan en sus procesos productivos. A diferencia de la actividad de recuperación de materiales, su compra está muy concentrada. El mercado del reciclaje es un oligopsonio, es decir, un número reducido de empresas consumen los materiales reciclables e imponen las condiciones y los precios a los recicladores (Fundación Social, 1998).

Comentario: Esta referencia no aparece en la bibliografía. Gracias. Ya la incorporé.

Dada la estructura del mercado, no es sorprendente que los compradores se apropien de los considerables beneficios económicos derivados del reciclaje y, en menor medida, los intermediarios formales e informales; mientras que los recicladores reciben ingresos que usualmente son menores al salario mínimo (esto es, 120 dólares mensuales) y que, por lo tanto, los mantiene en la miseria. La estructura y dinámica del mercado del reciclaje también evidencia la íntima conexión de explotación entre la economía popular informal y la economía formal. En efecto, como lo ha señalado Birkbeck (1978), en su estudio sobre el reciclaje en Cali, los recicladores son, de hecho, aunque no se reconocen ni son reconocidos como tales, empleados del puñado de industrias que utilizan los materiales reciclados como materia prima.

⁶ Los recicladores son informales porque su actividad (sacar basura de las canecas o bolsas en la calle o en los botaderos) está formalmente prohibida y, por lo tanto, trabajan al margen de la ley.

Los recicladores

¿Quiénes son las miles de personas que recorren las calles y habitan los botaderos de basura de las ciudades de Colombia en busca de materiales reciclables? Los datos fragmentarios existentes sobre el tema, complementados por el trabajo de campo hecho para este estudio, muestra que hombres y mujeres, en proporciones similares, ejercen el oficio del reciclaje. Aunque predominan los recicladores entre los veinte y los cuarenta años, fue muy común encontrar durante la investigación de campo con los recicladores en las calles de Bogotá niños y ancianos que trabaja en el oficio. Los recicladores laboran generalmente en familia, no de manera individual. El trabajo etnográfico con los recicladores de la Cooperativa Rescatar de Bogotá (en adelante la cooperativa) en sus zonas de recolección en la calle mostró, por ejemplo, que las tareas necesarias para la recuperación del material —por ejemplo, búsqueda en las bolsas y canecas de basura, selección y embalaje de los materiales, manejo del vehículo utilizado para transportar el material— son divididas entre los miembros de familias extendidas de cuatro o más miembros. Es común que lleven a sus hijos menores en los carros esferados en que transportan el material. El comentario de Heidy, de 17 años y socia de la cooperativa —“soy recicladora desde que nací, porque mi mamá me cargaba en una caja en el carro esferado mientras trabajaba de recicladora”⁷— es representativo de la situación de varios de ellos.

La gran mayoría de recicladores tiene un bajo nivel de escolaridad. Un estudio sobre el tema en Bogotá muestra que en las localidades escogidas el 73% de los recicladores no terminó primaria y un 15% es analfabeta (Corporación Raíces, 1998). La investigación

etnográfica en la cooperativa arrojó resultados similares. Muchos de sus socios comenzaron a trabajar como recicladores desde edad temprana y abandonaron los estudios ante la necesidad de dedicar más tiempo al trabajo o porque, como sucedió con Heidy, “no hubo plata para estudiar más”⁸. Sin embargo, es notorio el ingreso creciente al oficio en general, y a la cooperativa en particular, de personas con educación secundaria e incluso educación superior, ante el creciente desempleo en Colombia. El caso de uno de nuevos socios de la cooperativa —Henry, de cincuenta años—, quien empezó a trabajar como reciclador al perder su empleo de maquinista, tras de la liquidación de la empresa estatal de ferrocarriles donde laboraba, es representativo de esta nueva tendencia.

Los recicladores ejercen su oficio en tres modalidades. El sector más visible de la población recicladora trabaja en las calles, recogiendo en un bulto, un carro esferado o una ‘zorra’ los materiales que va sacando de las canecas y las bolsas de la basura. Las jornadas de trabajo en esta modalidad duran más de ocho horas e implican atravesar la ciudad de lado a lado. Comienza en los barrios populares legales o de invasión en los que ellos habitan; continúa en las zonas opulentas de la ciudad, donde se encuentra la basura valiosa, y termina con el regreso a las zonas populares, donde se encuentran las bodegas de las cooperativas o los intermediarios y adonde vuelven a descansar. Los recicladores son, así, uno de los pocos grupos que transgreden a diario las fronteras de la cartografía urbana.

La segunda modalidad de reciclaje consiste en la recuperación de materiales en los botaderos de basura y rellenos sanitarios. Se trata de la actividad de hombres, mujeres y niños que trabajan durante largas horas, en condiciones insalubres, en esos lugares —y, con frecuencia, viven en sus alrededores en casas de cartón y aluminio—, seleccionando

Comentario: De acuerdo con el DRAE, transgredir significa “quebrantar, violar un precepto, ley o estatuto”. ¿Ése es el significado que se le da en el contexto? Sí

⁷ Entrevista con Heidy, Bogotá, 28 de enero de 2000.

⁸ Entrevista con Heidy, Bogotá, 28 de enero de 2000.

material a medida que los camiones de las empresas de aseo lo descargan. Por último, la modalidad de trabajo más favorable para el reciclador es la recuperación en la fuente, esto es, en los edificios residenciales o de oficinas. Dada la imagen generalizada del reciclador como indigente peligroso, como *desechable*, el acceso a las fuentes es en la práctica muy difícil.

A pesar de las duras condiciones de trabajo, los bajos ingresos y el estigma que lo acompaña, el oficio de reciclador no es, por regla general, una ocupación temporal. Son muy frecuentes los casos de recicladores que desempeñan la profesión durante buena parte o toda su vida. En las conversaciones con los miembros de la cooperativa durante sus jornadas laborales en la calle o en la bodega de la cooperativa, las respuestas recurrentes fueron similares a las de Darly, de 25 años, quien ha sido “recicladora desde los trece años, cuando mi mamá me traía a la cooperativa”⁹. Son frecuentes los casos de personas que trabajaban en otros empleos informales, como Concepción —de aproximadamente cuarenta años— que antes de ser recicladora trabajó haciendo “oficios domésticos, en la prensa [vendiendo periódico en la calle] y en un chircal [depósito de arcilla donde se hacen ladrillos]”. Un fenómeno creciente —y visible en la cooperativa— es el ingreso al oficio de bachilleres y profesionales que han quedado sin empleo.

Varias razones explican la permanencia de los recicladores en el oficio. El reciclaje es una de las pocas opciones laborales para personas que tienen sólo unos años de escolaridad. Además, el oficio tiene un atractivo no económico apreciado por quienes lo desempeñan, esto es, la independencia y la libertad que derivan de trabajar por cuenta propia. Como lo expresó Jairo, de aproximadamente cincuenta años y miembro de la cooperativa durante varios años, en una de nuestras conversaciones, “a mí siempre me ha gustado trabajar por

mi cuenta [...] no me gusta que nadie me mande”¹⁰. De hecho, el valor supremo de la libertad en la cultura de los recicladores —“es mejor la libertad de uno [...] pase lo que pase”¹¹, en las palabras de Diana, de 25 años— contribuye a la conducta individualista y competitiva, que perpetúa la estructura explotativa del mercado del reciclaje, y hacen especialmente difíciles, y meritorios, los esfuerzos por organizar a la población recicladora alrededor de los valores de cooperación y solidaridad.

Los dos problemas centrales

¿Cómo se reproduce la marginación extrema de la que son víctimas los recicladores? ¿Qué factores explican la estabilidad de las estructuras sociales y económicas de las que se alimenta el mercado del reciclaje y que mantienen a los recicladores informales en los márgenes de éste, “atrapados en la capa más baja del capitalismo, donde el sistema muestra su cara más brutal y antagónica” (Birkbeck, 1978: 185)? Dos factores evidentes en la descripción ofrecida en la sección anterior constituyen, en mi opinión, el círculo vicioso que perpetúa la pauperización de los recicladores. Se trata de la explotación económica derivada de la estructura del mercado del reciclaje y de la conducta de sus actores dominantes (esto es, la gran industria y los intermediarios), por una parte, y la exclusión social dramática de la que son objeto los recicladores, por otra.

Esto es, los efectos económicos de la estructura del mercado del reciclaje, explicados en la sección anterior, son acentuados por los del estigma y la exclusión de los recicladores. En el imaginario social urbano en Colombia los recicladores son ubicados en los estratos más bajos y marginados, junto con los indigentes, los limosneros, los ladrones y los demás

Comentario: Falta la página de donde se toma la cita. Gracias, ya la inserté, p. 185

⁹ Entrevista con Darly, Bogotá, 8 de febrero de 2000.

¹⁰ Entrevista con Jairo, Bogotá, mayo 30 de 2000.

habitantes de la calle con los que son asociados por trabajar en la vía pública y en los botaderos, en permanente contacto con la basura.

Con frecuencia, los recicladores son excluidos, incluso por los sectores populares,¹² y son víctimas de operaciones de ‘limpieza social’. De hecho, uno de los episodios que provocó la fundación de las redes de cooperativas de recicladores fue el asesinato en Barranquilla, en 1992, de once recicladores, cuyos cuerpos fueron luego utilizados para realizar experimentos médicos en un centro universitario. En síntesis, la explotación económica crea las condiciones de indigencia, que provocan la exclusión social de los recicladores, exclusión que a su vez los confina a los espacios urbanos y a los nichos económicos que posibilitan la perpetuación del mercado explotador.

En vista de este círculo vicioso, los pocos estudios sobre los recicladores tienden a terminar con una conclusión desesperanzada. En este sentido, son representativas las conclusiones de Birkbeck (1978 y 1979) en sus investigaciones sobre los recicladores de Cali. Para Birkbeck, las dificultades que enfrentan son virtualmente insuperables, dada la estructura del mercado y la necesidad de mantener los precios de los materiales reciclables por debajo del costo de la materia prima nueva. No hay nada, entonces, que el analista pueda proponer para mejorar las condiciones de los recicladores:

No podemos proponer que se incremente de forma sustancial la participación [de los recicladores] en las utilidades generadas por la recuperación de materiales debido a las limitaciones estructurales que operan en la determinación de dichas utilidades. El reciclador de basura

¹¹ Entrevista con Diana, Bogotá, 23 de abril de 2000.

¹² Un episodio de la historia reciente de Bogotá ilustra esta exclusión de los recicladores por parte de los sectores populares. En 1996, la Alcaldía de la ciudad debió reubicar a numerosas familias de recicladores que habían habitado durante muchos años en terrenos contiguos a la línea del ferrocarril y que habían sido adquiridos recientemente por un consorcio privado. Cuando intentó reubicar a los recicladores en dos barrios populares, la Alcaldía se encontró con la tenaz resistencia de los habitantes de dichos barrios, quienes “se amotinaron y protagonizaron peleas callejeras, protestando y vociferando que no querían a los recicladores porque eran indeseables” (Uribe, 1997: 403). Los recicladores fueron finalmente ubicados en un tercer barrio, que ya tenía una población recicladora considerable.

puede trabajar duro, puede tener buen ojo para escoger materiales valiosos, puede buscar y buscar hasta encontrar el comprador adecuado; en fin, puede ser el ejemplo perfecto del individuo emprendedor. Pero nada de esto lo llevará lejos. (Birkbeck, 1979: 182)

Pocos años después, los recicladores, mediante su acción colectiva, desafiarían la conclusión trágica de Birkbeck. Como sucede en tantas ocasiones, los actores sociales objeto de la explotación encontraron caminos de emancipación que el analista no pudo percibir. En la siguiente sección expongo la forma como un sector de los recicladores colombianos se ha asociado en cooperativas de trabajadores, encaminadas justamente a luchar contra las limitaciones estructurales que parecían inamovibles.

Las cooperativas de recicladores

La solución a los dos problemas señalados implica una doble estrategia. Por un lado, requiere la transformación de las condiciones del mercado en favor de los recicladores, a través de la lucha contra la dispersión y la competencia frontal entre éstos. El mecanismo natural para alcanzar este objetivo es la concentración de la oferta de materiales reciclables en unas pocas organizaciones de recicladores, capaces de recuperar una cantidad considerable de material, que les permita tener una participación importante en el mercado y, por lo tanto, negociar los precios y las condiciones con las industrias compradoras.

Por otro lado, dado que el estigma y la marginación social que afectan a los recicladores son un obstáculo importante para la lucha contra las condiciones del mercado, es indispensable que dichas organizaciones económicas asuman funciones sociales, políticas y culturales diversas, que contrarresten la exclusión de la que son víctimas. Entre ellas se encuentran la promoción del acceso de los recicladores a bienes y servicios básicos, cuya carencia refuerza su aislamiento y miseria, como la educación elemental y secundaria

y la atención médica adecuada, la conformación de mecanismos de representación de los intereses de los recicladores frente a la sociedad y el gobierno y la organización de actividades de integración entre la población recicladora, que ayuden a desarrollar los lazos de solidaridad necesarios para la acción colectiva.

Como lo han mostrado iniciativas económicas populares emancipadoras alrededor de América Latina (Wasserstrom, 1985, y Hirschman, 1984), la lucha por la mejoría de las condiciones materiales de vida de los miembros de los sectores populares está intrínsecamente ligada con la lucha por los derechos de ciudadanía de estos sectores. En el caso concreto de los recicladores, el progreso económico y la lucha por la inclusión son dos caras de la misma moneda. Sin una estrategia económica viable, los recicladores están condenados a la pobreza o, en el mejor de los casos, a depender indefinidamente de la caridad de las ONG, de benefactores individuales o de entidades gubernamentales aisladas. Sin una estrategia social, las ganancias económicas derivadas de la transformación del mercado del reciclaje no alteran las condiciones de exclusión de los recicladores en su conjunto.

La necesidad de una estrategia económica y social fue claramente percibida por líderes dentro de la comunidad recicladora, por algunas ONG y por entidades gubernamentales que a comienzos de la década de los ochenta iniciaron los primeros experimentos de organización de los recicladores. Las lecciones de estas experiencias pioneras fueron recogidas por un grupo de cerca de 200 recicladores en Manizales, en 1986, que —en colaboración cercana con la entidad estatal encargada en ese entonces de promover el cooperativismo en Colombia: el Departamento Administrativo Nacional de Cooperativas (Dancoop); la agencia estatal de promoción de la educación técnica: el

Servicio Nacional de Aprendizaje (Sena), y las Empresas Públicas de Manizales— fundaron la Precooperativa Prosperar y obtuvieron el apoyo de la Fundación Social, organización de asistencia privada, financiada por un conglomerado económico de propiedad de la comunidad jesuita en Colombia (Hower, 1997). La Fundación Social vendría a influir decisivamente en el proceso de organización de los recicladores en Colombia. En efecto, esta fundación desempeñaría el papel del catalizador externo —del “animador social”—, que está generalmente presente en las experiencias de organización económica de comunidades marginadas. Inicialmente, en colaboración con el Dancoop y posteriormente por su propia cuenta, la Fundación entró en contacto con las comunidades de recicladores y sus líderes, y los apoyó en la fundación y consolidación de las primeras cooperativas y redes de cooperativas.

El esfuerzo conjunto de grupos de recicladores, la Fundación Social y algunas entidades gubernamentales nacionales y locales dio lugar a la rápida proliferación de cooperativas a finales de los años ochenta y principios de los años noventa. Una de las primeras cooperativas fundadas de esta forma (1987) fue Rescatar, con sede en Bogotá. En 1989 se creó Porvenir, una de las cooperativas más exitosas de la capital del país. Iniciativas similares se emprendieron en las ciudades grandes y medianas del país, y en 1990 el número de cooperativas ascendió a cerca de cincuenta, de las cuales la Fundación Social apoyaba a veinte (Fundación Social, 1990).

Surgió entonces la necesidad de articular los esfuerzos de las cooperativas nacientes a través de redes regionales y de una red nacional. En la escala regional fueron creadas, por ejemplo, la Asociación de Recicladores de Bogotá (ARB), en 1990, y la Asociación de Recicladores de la Costa Norte (Arcon), en 1992, esta última como respuesta al asesinato

de once recicladores e indigentes en Barranquilla el mismo año. En la escala nacional, la Fundación Social patrocinó el Primer Encuentro Nacional de Recicladores, en 1990, que dio lugar a la propuesta de creación de la Asociación Nacional de Recicladores (ANR), que entró en funcionamiento en 1991.

La creación de las redes regionales y la red nacional de cooperativas de recicladores tuvo lugar justamente en el momento en el que el gobierno colombiano dio un giro decidido hacia la apertura y desregulación de la economía, basándose en políticas públicas de todo tipo —fiscales, monetarias, laborales, sociales, etc.—, cercanas al modelo neoliberal. Un componente esencial de estas políticas fue el impulso a la privatización de la prestación de los servicios públicos. Uno de los primeros sectores en los que esta última estrategia fue utilizada fue el del servicio de recolección de basura en Bogotá. En 1990, la Alcaldía de Bogotá inició el proceso de privatización del servicio y otorgó licencias a consorcios creados por empresarios colombianos y multinacionales extranjeras para recoger las basuras en el 60% de la ciudad. La privatización del servicio evidenció los efectos ambiguos de la apertura y el proceso de globalización económica de la que ésta hace parte sobre la población recicladora en general y sobre las cooperativas y las redes en particular.

Por un lado, la privatización del mercado de la recolección de basura y del reciclaje crea una oportunidad para las cooperativas, esto es, prestar el servicio antes reservado a las empresas de aseo estatales. Por otro, dado que las privatizaciones son hechas a través de procedimientos en los que sólo participan empresas que reúnen los requisitos financieros y tecnológicos establecidos en las licitaciones, que están por fuera del alcance de las cooperativas, los recicladores son excluidos, de entrada, de la definición del futuro del mercado y enfrentan el riesgo de la desaparición del nicho del mercado del que dependen si

las empresas privadas que entran a prestar el servicio —como sucede cada vez con más frecuencia— se encargan no sólo de la recolección de basuras, sino también de la recuperación del material reciclable. Este riesgo fue justamente uno de los motivos que llevó a los recicladores a organizar redes regionales y nacionales que funcionaran como gremios y representaran sus intereses.

La primera experiencia de las cooperativas con el proceso de privatización reveló tanto la oportunidad como la seria amenaza envueltas en los procesos de privatización. Cuando en 1992 la empresa estatal de aseo de Bogotá, que tenía todavía la responsabilidad de recoger las basuras en el 40% de la ciudad, entró en crisis y provocó una emergencia sanitaria en la ciudad, la ARB y la Fundación Social propusieron al gobierno de la ciudad que las cooperativas de recicladores se encargaran del servicio en las zonas que la empresa estatal solía prestarlo. La propuesta fue aceptada y la Alcaldía contrató a la Fundación Social —que a la vez subcontrató a la ARB— para resolver la emergencia sanitaria. Sin embargo, después de que los recicladores organizados resolvieron exitosamente la emergencia, el gobierno local exigió, para la continuación del contrato, que la Fundación Social, no la ARB, continuara siendo la contratista directa, dada la desconfianza del gobierno en la capacidad de gestión de los recicladores, que denota la desconfianza generalizada hacia esta población. Dado que la Fundación Social no podía legalmente asumir esta responsabilidad, el gobierno decidió abandonar esta posibilidad y privatizó el restante 40% del servicio a través de una licitación adjudicada a un consorcio internacional.

A lo largo de la década de los noventa se multiplicaron las cooperativas y los esfuerzos por conformar alianzas entre ellas para crear empresas de aseo y manejo de residuos, capaces de competir con empresas convencionales, a medida que el proceso de

privatización del servicio se expandió por todo el país. El ejemplo más notable de este tipo de alianza es la empresa Ecología y Aseo (Ecoaseo), cuyos accionistas son cooperativas de recicladores y redes de diversas regiones. Ecoaseo ha desarrollado una propuesta alternativa de prestación de servicios de aseo y reciclaje —que ha llamado la “gestión ambiental de residuos sólidos con participación comunitaria”—, que pretende prestar un servicio eficiente y mejorar las condiciones de vida de las comunidades de recicladores organizados (Rivas, 1997).

Dada la desventaja de Ecoaseo, en términos de capital y tecnología en relación con grandes empresas de aseo, su progreso ha sido lento. Sin embargo, en la actualidad presta el servicio de aseo en tres municipios y está en proceso de expansión a ciudades intermedias. Además, empresas de servicios públicos de tipo cooperativo, creadas por recicladores, han sido exitosas en los municipios, como lo muestra la experiencia de la organización de recicladores de San Gil —un municipio mediano en el nororiente de Colombia—, que presta el servicio de aseo y reciclaje en el 55% de éste.

Por otra parte, un número importante de cooperativas ha hecho avances económicos muy considerables. Las más exitosas han diversificado sus actividades económicas para incluir no sólo el servicio de aseo y de reciclaje en viviendas e industrias —e incluso en zonas extensas de las grandes ciudades—, sino también la transformación de los materiales reciclados, la actividad de mayor valor agregado en el proceso de reciclaje. Además, las cooperativas y redes han intentado ocuparse directamente de la comercialización de los materiales que recogen, a través de cooperativas de mercadeo.

Durante los años noventa se multiplicó el número de cooperativas alrededor del país, hasta el punto en que actualmente existen 94, de las cuales 88 hacen parte de la ANR y

agrupan a cerca del 10% de la población recicladora del país (ANR, 2000). Las cooperativas son muy diversas. Mientras algunas han sido creadas hace pocos años, tienen una base social muy inestable, capitalización mínima y están en riesgo permanente de desaparecer; otras, como Rescatar y El Porvenir (en Bogotá) y Recuperar (en Medellín), han logrado consolidarse y encontrar nichos económicos que les han permitido mantenerse con vida e incluso reinvertir sus utilidades en la adquisición de bienes de capital y en diversificar sus actividades.

El desarrollo de las cooperativas ha ido de la mano de la consolidación de las redes regionales y de la red nacional. La ANR —que en marzo del 2000 celebró la VIII Asamblea General de Recicladores— se ha establecido como la entidad de representación del gremio de los recicladores, articulada a las cooperativas a través de las nueve redes regionales. Éstas se han consolidado lentamente y han emprendido proyectos diversos en favor de las cooperativas que hacen parte de ella.

Hasta comienzos de 1999, la Fundación Social prestó apoyo financiero y técnico a buena parte de las cooperativas y redes. Durante los doce años que duró el apoyo de la Fundación Social, las virtudes y las dificultades características de la intervención de una organización facilitadora externa fueron evidentes. Por un lado, la Fundación suministró capital y servicios indispensables para el despegue de las cooperativas y las redes, que los recicladores muy posiblemente no habrían podido encontrar en bancos y entidades privadas, especialmente tras la quiebra del sector financiero solidario a mediados de los años noventa, en Colombia. Por otro, sin embargo, el hecho de que la Fundación interviniera directamente en la gestión de las cooperativas para hacerlas rentables generó

una reacción negativa de parte de los recicladores organizados, quienes han insistido en su autonomía y en su capacidad de autogestión.

En consecuencia, actualmente las cooperativas y redes están atravesando un período crítico, en el que su capacidad de desarrollo autónomo está por comprobarse. El retiro de la entidad facilitadora que las venía acompañando y financiando ha creado una zozobra de la que las redes se están recuperando; mientras que las cooperativas están enfrentando, además, los efectos de la profundización del proceso de privatización del servicio de aseo y reciclaje, que crea, como se vio, tanto oportunidades como amenazas para los recicladores organizados. El ejemplo paradigmático de esta situación es la inminente entrada en vigencia en Bogotá del Plan Maestro de Basuras, un programa comprehensivo de la Alcaldía de la ciudad para resolver en los próximos años los problemas de recolección y disposición de los residuos sólidos, que daría a empresas privadas de aseo la responsabilidad de recuperar y separar directamente los materiales reciclables. A menos que las organizaciones de recicladores logren crear alianzas y organizaciones para participar e influir en este proceso, es muy posible que desaparezca el nicho económico del que dependen los cerca de cincuenta mil recicladores de Bogotá.

¿Cuál es el balance general de la historia de las cooperativas y las redes de recicladores en Colombia? En mi opinión, se trata de una historia que muestra al mismo tiempo el inmenso potencial emancipador de las iniciativas económicas populares articuladas, a través de formas no capitalistas de producción —lo que ha sido plasmado, por ejemplo, en premios internacionales de importancia otorgados a las organizaciones de recicladores de Colombia por su gestión social y ambiental¹³—, y las dificultades

¹³ Entre estos premios se encuentran el otorgado a la ARB como la mejor experiencia comunitaria en Latinoamérica durante la Cumbre de la ONU sobre Asentamientos Urbanos y Desarrollo, en 1999, y el premio

profundas que enfrenta una población sumamente marginada dentro de un ambiente económico y político desfavorable.

En la siguiente sección me ocupo de esta pregunta y ofrezco una síntesis de los logros, limitaciones y desafíos de las cooperativas en la actualidad. Al hacerlo, considero tanto el balance económico de estas experiencias, esto es, si son rentables y capaces de mantenerse con vida en el mercado, como su balance social, esto es, los efectos que han tenido sobre las condiciones de vida de los recicladores. Dado que tales efectos se pueden apreciar con claridad sólo de manera micro, es decir, en la vida diaria de las cooperativas y sus miembros, en el siguiente apartado me concentro en la información recogida en la investigación etnográfica, realizada con los miembros de la cooperativa Rescatar durante sus jornadas de trabajo en las calles de Bogotá y en la sede de la cooperativa.

El balance social de las cooperativas

La referencia al balance social es muy común tanto en los documentos producidos por las cooperativas y sus redes como en las reuniones de sus miembros. En Rescatar, por ejemplo, uno de los logros centrales que los directivos presentaron a los 37 recicladores socio presentes durante la asamblea general del año 2000¹⁴ fue el hecho que la cooperativa había producido una utilidad económica cercana a los diez millones de pesos (aproximadamente cinco mil dólares) en 1999 y, sobre todo, que su ‘utilidad social’, esto es, el nombre utilizado por el gerente de la cooperativa en la asamblea para referirse a la

al Programa de Reciclaje de la Fundación Social, como una de las trece mejores iniciativas en el mundo durante la Segunda Conferencia Mundial del Medio Ambiente en Estambul, Turquía.

¹⁴ La asamblea tuvo lugar el 25 de marzo de 2000 en la sede de la cooperativa en Bogotá. Los 37 asistentes representan casi un 80% del total de cincuenta miembros con plenos derechos de la cooperativa. De los trece socios que no asistieron, cuatro presentaron excusa, dos estaban inhabilitados por no haber pagado sus aportes y uno estaba sancionado.

suma invertida en el bienestar de sus socios (cerca de 25.000 dólares en el mismo año), había sido elevada y que, por lo tanto, su balance social había sido positivo.

¿A qué se refiere este balance social? Se trata de una serie de beneficios individuales y colectivos —algunos materiales, otros intangibles— que, aunque aparentemente pequeños, implican una transformación fundamental de las condiciones de vida de los recicladores de la cooperativa. La cooperativa ha promovido el acceso gradual de sus miembros a los beneficios anejos a una ocupación en el sector formal de la economía. Los recicladores socio han sido afiliados a entidades de seguridad social (en salud y pensiones) y a cajas de compensación familiar. También han disfrutado por primera vez de los beneficios de primas y cesantías. En fin, han accedido por primera vez a beneficios propios de la ciudadanía social, esto es, bienes y servicios que aseguran su bienestar material mínimo, a pesar de sus bajos ingresos. Esto ha creado situaciones claramente excepcionales en el contexto de sociedad colombiana, caracterizada por un clasismo inveterado. Por ejemplo, los paseos de integración de los recicladores socios de Rescatar a los clubes de vacaciones de las cajas de compensación familiar da lugar a la insospechada convivencia, por lo menos por un día, de los recicladores y miembros de las clases medias en las piscinas y áreas verdes de dichos clubes.

Además de los beneficios típicos de un empleo formal, el trabajo en las cooperativas desencadena cambios considerables en los recicladores, en relación con su conducta diaria, sus condiciones de trabajo, la comunidad con la que conviven y la sociedad en general. En cuanto a la conducta individual, la cooperativa ejerce una presión sutil, generalmente a través de mecanismos informales —comentarios en reuniones, actividades de integración— contra hábitos comunes en la población recicladora no organizada, como la violencia

intrafamiliar, el recurso ocasional a las drogas y el descuido en la forma de vestir. De hecho, buena parte de los cursos de inducción que se ofrecen periódicamente a los nuevos miembros de Rescatar se ocupa de aspectos como el cuidado del cuerpo, el respeto a los demás y la necesidad de llevar una vida familiar pacífica y responsable.

Por ejemplo, en uno de esos cursos a finales de julio de 2000, el gerente de la cooperativa exhortó a los nuevos socios “a que nos capacitemos, pero [...] no hay diferencia porque uno sabe más académicamente que otro. La equidad está en que el que tiene más conocimiento tiene una deuda social con quien no la tiene para compartirlo”. En la misma charla, instó a los nuevos miembros a respetar a sus esposas, dada la recurrencia de la violencia contra las mujeres en la población recicladora: “Somos nosotros los que establecemos patrones de belleza. ¿Ustedes saben cuál es el prototipo de mujer bella? El de la mujer que ustedes escogieron como pareja [...] Ojo con el maltrato. Tenemos que aprender a resolver nuestros conflictos”. De lo que se trata, entonces, es de convertir la pertenencia a la cooperativa en un vehículo para la transformación gradual de los hábitos que impiden el avance de los recicladores como individuos, familia y comunidad. Aunque son frecuentes los problemas en la cooperativa, por la persistencia de algunas de estas conductas, el hecho de que ninguno de sus cincuenta miembros viva en la calle y que varios de ellos hayan reingresado a instituciones de educación secundaria y técnica a partir de la experiencia en la cooperativa muestra el potencial transformador de ésta.

En cuanto a las condiciones de trabajo, el hecho de ser parte de la cooperativa tiene un efecto positivo decisivo. Esto se debe a dos razones distintas. Por un lado, la cooperativa posibilita el acceso a fuentes de reciclaje (esto es, a residencias, edificios e industrias que contratan directamente con aquélla el servicio de recuperación de materiales reciclables).

Esto implica que el reciclador puede trabajar directamente en la fuente y dejar de hacer recorridos agotadores a través de la ciudad o de recuperar materiales en el botadero. Por otro, la pertenencia a la cooperativa tiene efectos simbólicos muy importantes, que mejoran sustancialmente la actitud de la Policía y la sociedad en general frente a los miembros de las cooperativas. Las conversaciones y el trabajo con los miembros de la cooperativa mostraron que el hecho de que puedan laborar luciendo el uniforme de la cooperativa ha generado cambios notorios en sus condiciones de trabajo. El uniforme, similar al de los empleados de las empresas de aseo convencionales, le da al reciclador un estatus de trabajador, que usualmente le es negado cuando circula por la ciudad luciendo ropas humildes. En este sentido, es representativo el comentario de Cristóbal, de 25 años, según el cual desde que lleva el uniforme de la cooperativa “la Policía no me casca, ni tampoco la gente que antes me trataba de ladrón”¹⁵. Henry, el socio nuevo de la cooperativa citado anteriormente, se refirió de la siguiente manera al cambio que implicó dejar de trabajar por su cuenta y entrar a la cooperativa: “Cuando trabajaba por cuenta mía me fue regular, porque realmente no tenía las mismas garantías que tenemos acá [en la cooperativa]. Por ejemplo, la estabilidad, además aquí uno va bien uniformado, está bien asesorado, el carrito [esferado] en buenas condiciones, bueno, hay miles de cositas que no tiene uno cuando trabaja por su cuenta”¹⁶.

En cuanto al trabajo comunitario con los demás miembros de la cooperativa, la participación en sus diversos órganos —la asamblea general, la junta de administración y la junta de vigilancia, que tienen poder decisorio y a los cuales están sujetos los directivos de la cooperativa— es posiblemente la primera experiencia de participación democrática

¹⁵ Entrevista con Cristóbal, Bogotá, 19 de junio de 2000.

¹⁶ Entrevista con Henry, Bogotá, 20 de febrero de 2000.

sustancial para muchos de los miembros, dada la apatía política de la población recicladora, derivada de su exclusión de los beneficios de la ciudadanía.¹⁷ Igualmente, el trabajo colectivo en la cooperativa tiende a generar lazos de solidaridad, que mitigan la desconfianza frente a sus compañeros y, en general, frente a las personas ajenas a su familia, que caracteriza a los recicladores.

A diferencia de lo que reporta Birkbeck (1978) en su estudio de las relaciones entre recicladores desorganizados e intermediarios en el botadero de Cali, en el que encontró que unos y otros utilizaban todo tipo de trampas (por ejemplo, básculas alteradas o piedras en los costales de materiales) para engañarse mutuamente acerca del peso del material, mi experiencia como acompañante de los conductores de los camiones de la cooperativa que recogen y pesan los materiales recuperados por los recicladores socios mostró que ellos confiaban plenamente en el pesaje hecho por sus compañeros encargados de hacer la recolección. Esta confianza mutua tiene efectos positivos no sólo en la convivencia de los socios de la cooperativa, sino también en su eficiencia, porque permite acelerar las operaciones del proceso de reciclaje (por ejemplo, la recolección y el pesaje del material), que usualmente son lentas o conflictivas en el circuito informal del reciclaje.

En síntesis, los beneficios sociales de la cooperativa son una parte esencial de su funcionamiento y de su atractivo para los recicladores. De hecho, en algunos casos son la única razón por la cual los recicladores permanecen en la cooperativa. En las conversaciones y en el acompañamiento al trabajo diario fueron recurrentes los comentarios sobre la mayor conveniencia económica inmediata de trabajar por cuenta propia y vender a intermediarios. Vender el material recolectado a la cooperativa puede ser desventajoso

¹⁷ De hecho, diversos estudios han mostrado que una parte considerable (cerca del 15%) de la población recicladora no tiene documento de identidad, esto es, la prueba mínima de ciudadanía y el requisito básico

desde un punto de vista estrictamente económico, ya que implica la pérdida de la opción de vender al intermediario que pague el mayor precio y recibir de éste adelantos o préstamos. En estos casos, entonces, la permanencia del reciclador en la cooperativa puede ser explicada sólo por los numerosos beneficios sociales que implica ser su miembro. Por último, es importante tener en cuenta que las cooperativas de recicladores —de acuerdo con los principios del cooperativismo y con el fin de fortalecer su base social y económica— buscan activamente nuevos socios entre los recicladores desorganizados que laboran en la calle. Por lo tanto, los beneficios sociales que proveen son potencialmente expandibles a la población recicladora en general.

Por supuesto, el trabajo cooperativo también genera múltiples dificultades, que fueron evidentes en el trabajo de campo. Los beneficios sociales vienen de la mano de costos sociales que no existen en el trabajo individual. Por ejemplo, los procesos deliberativos de decisión en el interior de la cooperativa dan lugar a constantes diferencias y conflictos entre los socios, que afectan su funcionamiento, en ocasiones de forma grave. Los conflictos más frecuentes que surgen en las reuniones formales y en las charlas informales tienen que ver con la desconfianza y el resentimiento mutuos entre los socios que tienen puestos administrativos de responsabilidad en la cooperativa, por un lado, y los que realizan trabajos manuales en las calles o en la bodega, por otro.

Los socios de la cooperativa también expresan su descontento con las frecuentes reuniones, que implican una carga adicional a su trabajo y a sus muchas responsabilidades domésticas. Mientras que las fricciones típicas de los procesos deliberativos son comunes a todas las cooperativas, una dificultad adicional tiene que ver con las características propias de la población recicladora, específicamente con su bajo grado de escolaridad. El hecho de

para participar en la vida política (Corporación Raíces, 1998).

que la mayoría de los socios no tenga educación secundaria impide una participación plena de éstos en los cargos directivos y en las decisiones de la cooperativa que requieren conocimiento especializado. La opinión de Concepción, una de las socias de la cooperativa, citada en párrafos anteriores, sobre sus limitaciones para participar en las reuniones —“no entiendo mucho lo que dicen en las reuniones y mi hija me tiene que explicar”¹⁸— es representativa de esta dificultad.

En este sentido, como lo expresó Ana Beatriz —una de las socias fundadoras, de aproximadamente setenta años—, es clara la división en la cooperativa entre “los jefes y nosotros los obreros”¹⁹, es decir, entre los directivos y quienes trabajan como recicladores. Aunque el gerente era reciclador antes de entrar a la cooperativa —lo que sucede en muchas otras cooperativas y en las redes—, su transición de la calle a las oficinas de la cooperativa y eventualmente a la gerencia es excepcional cuando se compara con la historia de la gran mayoría de los recicladores, quienes, como lo expresó otro de los directivos de la cooperativa, “no están por esta línea [y] se han enfrascado en sus papeles, en sus vidrios y en sus cartones y pues se han quedado ahí”²⁰. Por esta razón, varios de los cargos administrativos en la cooperativa son ocupados por personas que no han sido recicladoras y, aunque algunas no tienen educación secundaria, tienen una motivación y una capacidad de aprendizaje excepcionales, en comparación con el socio promedio de la cooperativa.

La división entre directivos y recicladores, que es constantemente recalcada por unos y otros, impide la existencia de relaciones horizontales que faciliten el trabajo cooperativo y deliberativo y tiende a reproducir en la cooperativa la jerarquía de las empresas capitalistas, esto es, entre ‘jefes’ y ‘obreros’. Las dificultades para ascender dentro de la cooperativa,

¹⁸ Entrevista con Concepción, Bogotá, 8 de febrero de 2000.

¹⁹ Entrevista con Ana Beatriz, 15 de junio de 2000.

sumadas a los conflictos que derivan de las constantes discusiones y deliberaciones en la cooperativa y a la atracción del regreso al trabajo por cuenta propia, ayudan a explicar la relativa inestabilidad del grupo de socios de la cooperativa. Aunque la cooperativa tiene usualmente entre cuarenta y cincuenta miembros, son frecuentes los retiros temporales o definitivos.

Finalmente, el balance social y político de las redes de cooperativas muestra que éstas han logrado convertirse en los mecanismos de interlocución de los recicladores organizados con los gobiernos locales, regionales y nacional. Sin embargo, las redes, a diferencia de las cooperativas, no tienen fuentes de ingreso propias y, tras el retiro de la Fundación Social, dependen de nuevas fuentes de apoyo externo. Los logros políticos de las redes han sido limitados. Por ejemplo, uno de los proyectos bandera de la ANR, la expedición de una ley que formalizara la actividad de los recicladores, dio lugar a una ley (Ley 511 de 1999), cuyo contenido es predominantemente simbólico, como lo muestra el hecho de que la única disposición de inmediato cumplimiento es la creación del Día Nacional del Reciclador.

El balance económico de las cooperativas

¿Qué han logrado las cooperativas en su intento por transformar la estructura del mercado del reciclaje en favor de los recicladores? Los logros económicos notables de cooperativas como Rescatar, El Porvenir y Recuperar ya se mencionaron. Actualmente éstas y otras cooperativas alrededor del país cuentan con un capital de trabajo importante, que comprende bodegas, camiones, maquinaria y equipos de oficina. Una visita a la bodega de Rescatar, por ejemplo, sorprende al observador acostumbrado a la pobreza extrema de los recicladores en la calle. Los dos camiones y la tractomula de propiedad de la

²⁰ Entrevista con el asistente de gerencia de Rescatar, Bogotá, 30 de mayo de 2000.

cooperativa se encuentran a la entrada de una bodega llena de materiales reciclables y de maquinaria pesada para embalar los materiales para su posterior entrega. Varias cooperativas, en conjunto o de manera separada, han logrado igualmente incursionar en la transformación de los materiales reciclados y en la prestación del servicio de aseo y manejo integral de residuos, a través de empresas de servicios públicos como Ecoaseo, creadas para este efecto. En este sentido, varias cooperativas han logrado generar un proceso incipiente de acumulación de capital, que les ha permitido permanecer en el mercado e incluso expandirse a nuevos nichos económicos.

Sin embargo, es claro también que el mercado del reciclaje sigue dominado por los intermediarios y por las industrias compradoras y que los ingresos de los recicladores asociados a las cooperativas continúan siendo muy bajos. En cuanto a lo primero, el hecho de que sólo cerca del 10% de los recicladores estén asociados a cooperativas implica que la oferta de materiales reciclados continúa fundamentalmente a cargo de recicladores desorganizados, que compiten entre ellos y contra las cooperativas, lo que perpetúa las condiciones favorables a los intermediarios y compradores. Dada la cultura individualista de la población recicladora y el hecho de que las cooperativas apenas están en su fase de nacimiento o consolidación, sus esfuerzos por concentrar la oferta y alterar la estructura de precios han tenido un impacto modesto. En cuanto a los ingresos de los recicladores organizados, las conversaciones con socios de la cooperativa revelan que siguen siendo con frecuencia menores al salario mínimo. Además, dado que el acceso a los beneficios de la seguridad social es gradual y sólo se otorga a los socios más estables, una buena parte de los recicladores organizados continúan excluidos de estos beneficios.

¿Qué razones explican las dificultades de las cooperativas para modificar la estructura del mercado? Algunos de los factores que limitan el éxito de las cooperativas están por fuera de sus manos, como el predominio de la cultura individualista, que impide la integración de más recicladores informales a las cooperativas. Sin embargo, otros factores están dentro del marco de acción de las cooperativas y no han sido suficientemente atendidos por éstas. Dos de estos factores son cruciales —como lo muestra la experiencia de Mondragón en España (Whyte y Whyte 1988)— para la supervivencia de las cooperativas en las condiciones cambiantes del mercado.

En primer lugar, las cooperativas de recicladores han emergido y se han desarrollado como unidades relativamente independientes. Las redes que han conformado en la escala regional y nacional cumplen funciones políticas gremiales, no de coordinación económica, asesoría o financiación, como lo hacen las entidades de segundo y tercer nivel en el complejo Mondragón. La Fundación Social ofrecía recursos y asesoría a cooperativas separadas, pero no servía como instancia de planeación o coordinación de las cooperativas en su conjunto. Después del retiro de la Fundación, incluso este tipo de asesoría y apoyo ha tendido a desaparecer. En síntesis, las cooperativas no han logrado integrarse en una red económica de mutua ayuda. El aislamiento de las cooperativas es agravado por el hecho de que en Colombia el sector cooperativo es bastante débil, especialmente tras la quiebra de la mayoría de las entidades financieras cooperativas a mediados de los años noventa (Valencia, 2000).

En segundo lugar, las cooperativas no han logrado establecer vínculos duraderos con entidades estatales y con empresas privadas convencionales. La relación de las cooperativas y las redes con el Estado es intermitente y variable. No existe, en general, una política

estatal de apoyo a los recicladores, sino esfuerzos ocasionales y aislados de algunas entidades por impulsar proyectos benéficos para las cooperativas. Las alianzas con las empresas capitalistas son también escasas. Aunque existen casos excepcionales —como la asociación de Rescatar con una empresa mediana para producir láminas de alta resistencia hechas de materiales reciclados—, en general las cooperativas no han logrado establecer relaciones de colaboración con empresas privadas. La ausencia de vínculos entre cooperativas y entre éstas y el Estado y el sector capitalista impide el surgimiento de una economía cooperativa del reciclaje que, como muestra el caso de Mondragón, constituiría la condición necesaria para la prosperidad de las cooperativas individuales en el largo plazo.

A pesar de estas limitaciones, la historia de las cooperativas de recicladores muestra que éstas pueden sobrevivir e incluso progresar lentamente, de acuerdo con las condiciones actuales del mercado del reciclaje. Sin embargo, tales condiciones están cambiando rápidamente, como resultado de la privatización y la modernización del servicio de aseo y reciclaje en las principales ciudades colombianas. Esto, a su vez, acentúa las dificultades surgidas de la falta de integración de las cooperativas en redes y en alianzas con el Estado y el sector privado. En la siguiente sección cierro el estudio de caso con un análisis del futuro de las cooperativas de recicladores en las condiciones cambiantes del mercado.

¿Pueden sobrevivir las cooperativas?

Dos cambios fundamentales —representativos de las transformaciones de la economía colombiana tras la apertura económica de inicios de la década de los noventa— están ocurriendo en el mercado del reciclaje. En primer lugar, las industrias compradoras están fusionándose rápidamente para hacer frente a la competencia de industrias extranjeras

productoras de papel, vidrio, plástico y otros materiales que utilizan insumos reciclados. Con la concentración extrema de la demanda —de hecho algunos de estos mercados han pasado de ser oligopsonios a ser monopsonios— se acentúa el control del mercado por parte de los compradores. Esta evolución ha sido claramente percibida por los líderes de la comunidad recicladora, como lo muestra la intervención de Rodrigo Ramírez, gerente de Rescatar, en la asamblea anual de la ANR, en marzo del 2000, a la que asistieron 79 líderes en representación de 44 cooperativas de todo el país:

¿En el sector del papel qué está pasando? Cartón de Colombia [la mayor empresa productora de papel del país] es prácticamente dueño de los molinos nacionales productores de cartón en el país. La única competencia sería era Papelsa. La compró [... De forma similar] se están repartiendo el mercado de la chatarra entre las únicas dos siderúrgicas con las que contamos en Colombia y miren cómo lo han deprimido, lo han reducido a nada, se han bajado los precios. De tal manera que nosotros los recicladores empezamos a quedar en las manos de un comprador único. En otras palabras: en manos del monopolio.

En segundo lugar, el proceso de privatización del servicio de recolección de basuras se ha profundizado y difundido alrededor del país. En vista de la insuficiencia de los sistemas actuales de recolección de basuras, los gobiernos locales, principalmente en las ciudades principales, han diseñado planes comprensivos —como el Plan Maestro de Basuras de Bogotá— para otorgar a empresas privadas no sólo el servicio de aseo (que ya está en manos de consorcios multinacionales en buena parte de las ciudades), sino también el de reciclaje. Dada la superioridad de estos consorcios sobre las cooperativas, en términos de capital y tecnología, la supervivencia de los recicladores organizados —e incluso de los desorganizados— depende de que las cooperativas comiencen a implementar en el corto plazo estrategias que les permitan ofrecer servicios de aseo y reciclaje competitivos. Es decir, debido a la tecnificación creciente del servicio que prestan, es improbable que en el

mediano y largo plazo los recicladores puedan seguir desarrollando su actividad artesanal, siquiera en los márgenes del mercado. Este riesgo grave ha sido percibido con lucidez por los representantes de los recicladores organizados, como lo muestran de nuevo las palabras del gerente de Rescatar, en la asamblea de la ANR:

Miren lo que sucede en Colombia y en el mundo. Esto es una economía globalizada, es universal. Las mismas privatizaciones que están sucediendo en Colombia están sucediendo en Venezuela, en Ecuador, en Perú. Estamos en el siglo XXI, pero los recicladores estamos trabajando con herramientas de 1900. ¡Tenemos cien años de atraso! Estamos compitiendo en desigualdad de condiciones, con carrito esferado, mientras que la empresa operadora de servicios de aseo tiene un vehículo americano o europeo de 200 millones de pesos. Así no se puede competir. Hay que aprender a desarrollar proyectos.

La necesidad de capitalizarse para modernizar sus equipos ha creado para las organizaciones de recicladores un dilema típico de las empresas cooperativas. Dado que sus socios no tienen capacidad económica para hacer aportes extraordinarios de capital, las cooperativas dependen de inversionistas externos para conseguir el necesario para modernizarse. Además, debido a que el sector financiero cooperativo viene de una seria crisis en Colombia, no existen fuentes de financiación favorables para las cooperativas de recicladores. En estas condiciones, las cooperativas han debido depender o de su precaria capacidad de acumulación o de donaciones ocasionales, hechas por entidades gubernamentales, fundaciones o gobiernos extranjeros para comprar bienes de capital.

¿Qué estrategias pueden evitar la desaparición de las cooperativas de recicladores y mantener su potencial emancipador para la población recicladora en general? La respuesta a esta pregunta apunta a los retos que enfrentan un gran número de cooperativas y organizaciones económicas populares en la semiperiferia y la periferia en tiempos de ajuste estructural y globalización. En la siguiente sección, a manera de conclusión, me ocupo de

esta pregunta e intento hacer explícitos los elementos de juicio que pueden derivarse del estudio de caso que he presentado a lo largo de la presente sección.

Conclusiones

El estudio de caso ilustra el potencial y las dificultades de las cooperativas de trabajadores en la actualidad, especialmente de aquellas que surgen en las condiciones de extrema marginación, que afectan a un número creciente de personas en países pobres. El aporte central del estudio de caso para las discusiones acerca de formas alternativas de organización y de desarrollo económicos y para la práctica de las cooperativas de trabajadores es la evidencia de la necesidad de superar el aislamiento y el relieve puesto en la escala local, que con frecuencia caracteriza a esta línea de pensamiento y de acción.

En el caso concreto de las cooperativas de trabajadores, es claro que su supervivencia en las condiciones de un mercado volátil y abierto a la competencia extranjera depende de su inserción en redes de apoyo con otras cooperativas, con entidades estatales y con empresas capitalistas en los ámbitos local, regional, nacional e internacional. Ésta parece ser la conclusión “en la que todos los estudiosos de las cooperativas de trabajadores están de acuerdo: las posibilidades de éxito a largo plazo de una cooperativa que trate de sobrevivir en un mar de empresas privadas son muy bajas” (Whyte y Whyte, 1988: 277). La integración en redes —que explica el éxito de las iniciativas cooperativas más prosperas como Mondragón y de otros proyectos de desarrollo local cooperativos (Melo, 2000)— es especialmente importante cuando se trata de organizaciones económicas solidarias de sectores que, como el de los recicladores, viven en la pobreza y trabajan en condiciones que dificultan su movilización colectiva.

La integración con otras empresas nacionales y extranjeras del sector solidario — cooperativas de trabajadores, cooperativas de consumidores, entidades financieras cooperativas, mutualidades, etc.— es una estrategia natural para las cooperativas, dado que la colaboración intercooperativa es uno de los pilares de la filosofía cooperativista. De lo que se trata es de formar un verdadero sector solidario de la economía, basado en la coordinación y la colaboración entre empresas solidarias que realicen actividades complementarias. En el caso de las cooperativas de recicladores, es clara la necesidad de generar alianzas productivas con cooperativas similares en el país. En el extranjero, el medio natural para este empeño es la colaboración con cooperativas de recicladores y cooperativas de trabajadores que utilicen materias primas recicladas en el extranjero. Esta es posiblemente la estrategia más difícil de emprender para las cooperativas de recicladores. Las más exitosas apenas están comenzando a experimentar las ventajas de las telecomunicaciones y no cuentan con los medios ni con el personal necesario para iniciar contactos de este tipo. Las barreras tecnológicas y culturales (por ejemplo, el idioma) son, por el momento, difíciles de superar para las cooperativas. En estas condiciones, el apoyo proveniente del extranjero sigue consistiendo en donaciones de entidades de promoción social o gobiernos amigos, no en lazos de cooperación económica duraderos.

Las dificultades para establecer alianzas con otras cooperativas nacionales y extranjeras no son exclusivas de las empresas de recicladores. En Colombia, en general, la alianza entre empresas cooperativas es una labor por hacer, dado que el sector solidario ha sido fuertemente golpeado por los efectos de la apertura económica y por el abandono estatal, que dieron lugar a la quiebra del renglón más activo de la incipiente economía solidaria en el país, esto es, el sector financiero cooperativo. Sin embargo, existen en el país

numerosas experiencias aisladas que guardan la promesa de la consolidación en el mediano y largo plazo de una economía solidaria. Algunos ejemplos son cooperativas de trabajadores exitosas como Colanta, fabricante de productos lácteos. Igualmente, comunidades campesinas, con el apoyo de ONG y organizaciones estatales, han emprendido un esfuerzo ambicioso de fundación de economías cooperativas regionales, precisamente en las zonas más afectadas por el conflicto armado (Valencia, 2000). Del progreso de estas iniciativas locales y regionales y de su articulación en una economía solidaria nacional e internacional depende la viabilidad de estas formas alternativas de organización económica en el país.

La integración de las cooperativas populares de trabajadores con organismos estatales encargados de funciones de promoción económica y social es igualmente importante. Como lo advierte Friedmann: “aunque un desarrollo alternativo debe comenzar localmente, no puede detenerse allí. Querámoslo o no, el Estado continúa siendo un actor protagónico” (1992: 7). La reserva tradicional de teorías e iniciativas económicas de base frente al Estado tiene el mérito de evitar la cooptación de éstas y la generación de relaciones de dependencia de los actores económicos populares frente al Estado. Sin embargo, es improbable —como lo han entendido los recicladores en Colombia, al formar redes de representación política— que sin el apoyo estatal se puedan generar las condiciones necesarias para que prospere la economía solidaria. Esto implica un desafío considerable para el Estado y, sobre todo, para quienes dentro de éste están encargados de las políticas económicas y sociales.

Como la guerra civil en Colombia lo muestra de forma dramática, el aplazamiento de la solución de los problemas de distribución de la riqueza y de exclusión de la mayoría de la población de la vida económica y política tiene efectos explosivos. No es fortuito, en este

sentido, que la situación de violencia en el país haya empeorado tras la frustración de los proyectos redistributivos contenidos en la Constitución de 1991 —que incluye normas específicas, pero nunca aplicadas, encaminadas a promover el acceso de los trabajadores a la propiedad de las empresas— y que el tema de la promoción de este sector de la economía sea uno de los que surgen con frecuencia en las discusiones sobre una agenda de paz (Valencia, 2000). No es fortuito tampoco que el problema de la redistribución de la tierra y la riqueza, a través de programas de apropiación y aprovechamiento colectivo de la tierra, sea una parte esencial de los pactos constitucionales que, en países como Sudáfrica, han permitido la transición hacia la paz (Klug, 2000).

También las alianzas con empresas capitalistas son necesarias en un ambiente económico caracterizado por las fusiones entre empresas, con el fin de enfrentar la competencia global. Como lo muestra el caso de Mondragón, este tipo de alianzas es posible sin poner en peligro la estructura y los principios de las cooperativas de trabajadores cuando las empresas cooperativas son sólidas. Sin embargo, cuando se trata de cooperativas menos establecidas, es necesario estipular las condiciones de alianza con empresas capitalistas, de tal forma que las cooperativas no se desnaturalicen. El caso de las cooperativas de recicladores ilustra bien la necesidad y los riesgos de esta estrategia. A menos que logren unirse en consorcios de empresas de servicios de aseo y reciclaje con empresas privadas convencionales y, así, conseguir el capital y la tecnología necesarios para participar en los procesos de privatización, las cooperativas corren el riesgo de desaparecer. Al mismo tiempo, si la alianza se establece en términos que pongan en peligro la estructura cooperativa de las organizaciones de recicladores, es muy posible que éstas

terminen por ser absorbidas por las empresas capitalistas con las que se asocien o pierdan su carácter cooperativo.

El resultado de la promoción de estos tipos de redes de apoyo mutuo es una economía plural, en la que coexisten el Estado, las empresas solidarias y las empresas capitalistas en el contexto de un mercado regulado. En este sentido, la promesa cooperativista decepciona tanto a los defensores de propuestas neoliberales —cuya economía ideal es una basada exclusivamente en empresas capitalistas que compiten en un mercado libre— como a los defensores de un colectivismo estatal —que querrían eliminar el mercado y reemplazarlo por la planeación económica centralizada—. No es ni la utopía de la sociedad de mercado criticada certeramente por Polanyi (1957), ni la utopía colectivista. Es una utopía real (Wright, 1998), porque es suficientemente radical como para no conformarse con la regulación del mercado sin alterar la división entre capital y trabajo, y suficientemente real como para ser viable en las condiciones del mercado contemporáneo. Y, en cuanto tiene vocación global —dado que uno de los principios del cooperativismo es la colaboración entre cooperativas alrededor del mundo—, puede ser una forma de globalización contrahegemónica. Para esto, sin embargo, las empresas cooperativas, dentro y fuera de los sectores populares, en el Norte y en el Sur, tienen un largo camino por recorrer.

Bibliografía

- Almeida, J. (2000), *O dorso da cidade. Os sem-terra e a concepção de uma outra cidade*, mimeo. Trabajo presentado en el seminario del Proyecto la Reinención de la Emancipación Social, Coimbra.
- Álvarez, S.; Dagnino, E., y Escobar, A. (edits.) (1998), *Cultures of Politics, Politics of Culture*, Boulder, Westview Press.
- Asociación Nacional de Recicladores (ANR), (2000), *Folleto informativo*, Bogotá.
- Birchall, J. (1997), *The International Cooperative Movement*, Manchester, Manchester University Press.
- Birkbeck, C. (1979), “Garbage, Industry and the ‘Vultures’ of Cali, Colombia”, en Bromley, R. y Gerry, C., *Casual Work and Poverty in Third World Cities*, Nueva York, John Wiley & Sons, pp. 161-183.
- _____ (1978), “Self-Employed Proletarians in an Informal Factory. The Case of Cali’s Garbage Dump”, en *World Development*, vol. 6, Nos. 9-10, pp. 1173-1185.
- Bhowmik, S. (2000), *Worker Cooperatives as Alternative Production Systems*, mimeo, trabajo presentado en el seminario del Proyecto la Reinención de la Emancipación Social, Coimbra.
- Bowles, S. y Gintis, H. (1998), “Efficient Redistribution. New Rules for Markets, States and Community”, en Wright, E. (edit.), *Recasting Egalitarianism*, Londres, Verso, pp. 3-74.
- Brenner, N. y Theodore, N (edits.) (2003), *Spaces of Neoliberalism. Urban Restructuring in North America and Western Europe*, Oxford, Blackwell.

Burawoy, M. (1991), "The Extended Case Method," en Burawoy, M. *Ethnography Unbound*, Berkeley, University of California Press, pp. 271-85.

Burbach, R. (1997), "Socialism is Dead, Long Live Socialism", en *NACLA*, vol. XXXI, No. 3, pp. 15-20.

Burbach, R.; Núñez, O., y Kagarlitsky, B. (1997), *Globalization and its Discontents*, London, Pluto Press.

Castells, M. y Portes, A. (1989), "World Underneath: The Origins, Dynamics, and Effects of the Informal Economy," en Portes, A., Castells, M., y Benton, L., *The Informal Economy*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.

Centeno, M. y Hoffman, K. (2003), "The Lopsided Continent: Inequality in Latin America," en *Annual Review of Sociology*, Vol. 29, pp. 363-90.

CEPAL (2003), *Panorama Social de América Latina 2002-2003*. Santiago, CEPAL

Corporación Raíces (1998), *Censo de recicladores en localidades de Bogotá*, Bogotá, en prensa.

Cruz e Silva, T. (2000), *União geral de cooperativas: Um sistema alternativo de produção?*, mimeo, trabajo presentado en el seminario del Proyecto la Reinención de la Emancipación Social, Coimbra.

Escobar, A. (1995), *Encountering Development*, Princeton, Princeton University Press.

Elster, J. y Moene, K. (eds.) (1989), *Alternatives to Capitalism*, Cambridge, Cambridge University Press.

Eckstein, S. y Wickham-Crowley, T. (2002), *Struggles for Social Rights in Latin America: Race, Gender, Labor and Subsistence*, New York, Routledge.

Evans, P. (2000), "Fighting Marginalization with Transnational Networks: Counter-Hegemonic Globalization," en *Contemporary Sociology*, Vol. 29, pp. 230-41.

Fagin, G. (2003) "Companies in Crisis: Worker Self-Management in Buenos Aires, Argentina", Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación.

Fals Borda, O. (edit.), (1998), *People's Participation*, Bogotá, Tercer Mundo.

Friedmann, J. (1998), *Documento síntesis. Desarrollos comerciales en reciclaje*, Bogotá, Fundación Social.

_____ (1995), "Where We Stand. A Decade of World City Research", en Knox, P. y Taylor, P. (eds.), *World Cities in a World-System*, Cambridge, University Press, pp. 21-47.

_____ (1992), *Empowerment. The Politics of Alternative Development*, Cambridge, Blackwell.

Fundación Social (1990), *Memorias del Primer Encuentro Nacional de Recicladores*, Bogotá.

_____ (1998), *Documento síntesis. Desarrollos Comerciales en Reciclaje*, Fundación Social.

Galbraith, J.; Darity, W., y Jiaqing, L. (1998), "Measuring the Evolution of Inequality in the Global Economy", en *CEPAL Working Papers on Globalization, Labor Markets, and Social Policy*, No. 4, Nueva York, New School University.

Harvey, D. (2000), *Spaces of Hope*, Berkeley, University of California Press.

Hirschman, A. (1984), *Getting Ahead Collectively*, Nueva York, Pergamon Press.

Hirst, Paul (1994). *Associative Democracy*, Amherst, University of Massachusetts Press.

Hower, J. (1997), *Recuperación de la intervención con recicladores de 1986 a 1996*. Bogotá, Fundación Social.

Hoyos, E. (2000), *Las organizaciones económicas populares. Estrategias para romper el círculo vicioso de la pobreza. El caso de las organizaciones de recicladores*, tesis de grado, Bogotá, Maestría en Ingeniería, Universidad de Los Andes.

Koehs, J. (2004). "Participatory Policy Making in Buenos Aires: The Case of Law 992 and the Urban Recuperator Program", tesis de grado, Georgetown, Maestría en Gerencia del Desarrollo y Políticas Públicas, Universidad de Georgetown.

Klug, H. (2000), *Community, Property and Security in Rural South Africa. Emancipatory opportunities or marginalized survival strategies?*, mimeo, trabajo presentado en el seminario del Proyecto la Reinención de la Emancipación Social, Coimbra.

- Le Grand, J. y Estrin, S. (1989), *Market Socialism*, Oxford, Clarendon Press.
- Melo, A. (2000), *Citizen Local Action as a way of resistance against the new wave of worldwide colonisation. The case of the 'In Loco Association' in Southern Portugal*, mimeo, trabajo presentado en el seminario del Proyecto la Reinvención de la Emancipación Social, Coimbra.
- Moody, K. (1997), *Workers in a Lean World*, Londres, Verso.
- Pencavel, J. (2001), *Worker Participation*, New York, Russel Sage Foundation.
- Polanyi, K. (1957), *The Great Transformation*, Boston, Beacon Press.
- Portes, A. y Hoffman, K. (2003), "Latin American Class Structures: Their Composition and Change During the Neoliberal Era," en *Latin American Research Review*, Vol. 38, No. 1, pp. 41-82.
- Rivas, C. (1997), *Políticas empresariales para el desarrollo de las organizaciones de recicladores*, Bogotá, Fundación Social.
- Rothschild, J. y Whitt, J. A. (1986), *The Cooperative Workplace. Potentials and Dilemmas of Organizational Democracy and Participation*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Russell, R. (1985), *Sharing Ownership in the Workplace*, Albany, State University of New York Press.
- Sassen, Saskia (1991), *The Global City. New York, Tokyo, London*, Princeton, Princeton University Press.

Singer, P. (2000), *Economia Solidaria. Um modo de produção e distribuição*, mimeo, trabajo presentado en el seminario del Proyecto la Reinención de la Emancipación Social, Coimbra.

Singer, P. y Souza, A. (2000), *A Economia Solidária no Brasil*, Sao Paulo, Contexto.

Sousa Santos, B. y Rodríguez Garavito, C. (2002), "Introdução", en Sousa Santos, B. *Produzir para Viver*, Rio de Janeiro, Record.

Sousa Santos, B. y Rodríguez Garavito, C. (eds) (2004), *Law and Counter-Hegemonic Globalization: Towards a Cosmopolitan Legality*, Cambridge, Cambridge University Press.

The New York Times (2000a), "Amid Garbage and Disdain, China Migrants Find a Living", 11 de febrero.

_____ (2000b), "A World of Scavengers on the Fringes of Wealth", 23 de julio.

Uribe, M. (1997), "Bogotá en los noventa, un escenario de intervención", en Giraldo, F. y Viviescas, F. (eds.), *Pensar la ciudad*, Bogotá, Tercer Mundo, pp. 391-407.

Valencia, L. (2000), *Apoyo y fortalecimiento de la economía solidaria y cooperativa*, Bogotá, Fescol.

Vilas, C. (1999), "The Decline of Steady Job in Latin America", en *NACLA*, vol. XXII, No. 4, pp. 15-20.

Wasserstrom, R. (1985), *Grassroot Development in Latin America and the Caribbean*, Nueva York, Praeger Publishers.

Whyte, W. y Whyte, K. (1988), *Making Mondragon. The Growth and Dynamics of the Worker Cooperative Complex*, Ithaca, ILR Press.

Wright, E. (1998), "Introduction", en Wright, Erik (edit.), *Recasting Egalitarianism*, Londres, Verso, pp. xi-xiii.